

Yo. Será contra mis intenciones, porque lo que yo quiero es volveros cuerdo.

EL SEÑOR VIGIL. Pero ¿cómo ha de ser el Papa *infallible*, SI DIOS ES EL ÚNICO INFALIBLE, como se lo digo, EN MI CARTA, al mismo Pontífice?

Yo. No hay que incomodarse, señor. Basta aplicar el argumento á los ojos, y que me contestéis á esta pregunta. ¿Cómo pueden ser los ojos *infallibles*, siendo DIOS EL ÚNICO INFALIBLE?

EL SEÑOR VIGIL. Miren que gracia. Los ojos no son *infallibles*, por *virtud propia*, sino por *virtud que Dios les ha comunicado*, al hacerlo órganos de la visión; y repugnaría á su Bondad y á su Providencia que nos hubiera dado un medio engañoso.

Yo. Aquí la gracia y hasta la simpleza es la vuestra. Pues, asimismo, el Papa no es INFALIBLE, por *virtud propia*, sino por VIRTUD DE LAS PROMESAS QUE DIOS LE HIZO, AL CONSTITUIRLO ORGANO DE SU PALABRA Y DE SU VOLUNTAD; y repugnaría á su Bondad y á su Providencia que nos hubiera dejado un medio engañoso.

El señor VIGIL. Pero, yo no acepto la paridad, porque todos tenemos ojos, y vemos con ellos, y, naturalmente, no nos engañan; mientras que no todos son *infallibles*, como el Papa, y, menos, en materias superiores á la razón.

Yo. Más lógica, señor doctor. De ahí no se deduce que no haya paridad, sino que la *infallibilidad* de los ojos y la INFALIBILIDAD DEL PAPA son de un género muy diferente; la primera es *natural y universal*, la segunda es *sobrenatural y exclusiva*, como decimos los católicos.

El señor VIGIL. Y ¿porqué no hemos de ser todos *infallibles* SI EL PAPA LO ES? A lo menos, yo y los sabios como yo, debemos serlo.

Yo. Y ¿por qué no ha decir misa el Cardenal Antonelli, siendo el político más distinguido de Europa?

El señor VIGIL.—Hombre, no sea usted majadero. ¿Cómo ha decir misa, si no es sacerdote? Ni, qué tiene que ver la política con la potestad de consagrar.

Yo. Pues, ¿cómo Vos queréis que seamos infalibles, si no somos Papas? Y, en cuanto á los sabios, ¿qué tiene que ver la sabiduría con la infalibilidad?

El señor VIGIL. Quiere decir que todo lo que he escrito en mis artículos de EL COMERCIO y en mi última carta al Papa son disparates. No me conformo con eso.

Yo. No quisiera decíroslo, en vuestra cara.....peroaunque os enfadéis, y no os conforméis.....(*inclinando la cabeza y entre dientes*). SI SON SEÑOR.

El señor VIGIL. ¡Vaya con la lisura del muchacho! (Yéndose). Olvida que soy un sabio; lo desprecio.

Yo. ¡Gracias á Dios que se acabó este diálogo! Ya me tenían la cabeza en prensa los desatinos de este señor.

No obstante la argumentación de que me he servido, creo haber demostrado los tres puntos que me propuse probar.

Basta, por hoy, para no fatigaros demasiado.
Vuestro atento servidor.

MANUEL TOVAR.

Seminario de Lima, 7 de octubre de 1870.

*
**

CARTA CUARTA

Sr. Dr. D. Francisco de P. González Vigil

Muy respetado señor:

Después de las injurias y de los disparates vienen las lecciones.

I

Herido vuestro corazón por los males, que affigen á la humanidad, lamentáis sobre manera la incuria de los llamados á averiguar sus verdaderas causas y de ploráis muchísimo la incurable ceguera de los que miran, como remedio saludable, lo que es veneno pestilencial.

Sin decirlo claramente, dejáis entender que esa incuria y esa ceguera son de la Santa Sede, atribuyéndole, así, dos enormes y gravísimas faltas.

Quiero que Vos y todos los lectores de estas cartas se persuadan de ello.

He aquí vuestras palabras:

“ Sabéis perfectamente, Santo Padre, que en vano se recetan curativos, cuando se ha descuidado averiguar las causas del mal. Muchas son, por cierto, las que tienen actualmente trabajada la especie humana; pero hay algunas más determinadas y trascendentales, tanto más peligrosas, cuánto lejos de ser reconocidas por origen ó fomento del mal, que sufre, son calificados de buen método, de ejercicio de un derecho, quizá de virtud. Por desgracia, una de las principales causas del malestar de los pueblos católicos está muy cerca de Vos. Hay objetos que son mejor vistos y calificados de distancia, y también, en la distancia, se tiene el mayor peso”.

Zurciendo este acápite con los anteriores, ya que otra cosa no permite vuestra manera de escribir, pónese de manifiesto que *ese curativo vanamente recetado*, es la definición dogmática de la infalibilidad pontificia y que la Iglesia, al señalar este remedio á la humanidad enferma, no ha hecho sino descubrir su punible descuido en averiguar las verdaderas causas del mal, que nos

aqueja, y hasta la deplorable confusión, que ha hecho de lo bueno y de lo malo, de lo saludable y de lo nocivo calificando lo que es *origen ó fomento del mal*, como *buen método, ejercicio de un derecho* y hasta *virtud*.

No he podido, por más violencia que me he hecho, tomar á lo serio este acápite de vuestra carta.

Todas mis potencias y sentidos se han negado á prestar ayuda á mi voluntad, enteramente decidida á desvanecer este nuevo cargo, que habéis hecho á la Iglesia; lo cual me habría sido fácil, demostrandoos que nadie, como ella, tiene el conocimiento de los tiempos y la *intuición médica* de las enfermedades morales de la humanidad, y que las dos grandes afirmaciones católicas, que encierra el dogma de la infalibilidad pontificia; á saber: *la soberanía doctrinal de la autoridad religiosa* y *la necesaria dependencia de la razón humana*, son el remedio más adecuado para la gran enfermedad del siglo: el racionalismo.

Pero, os lo repito, no he podido hacerlo; sentía torpe la mano, y hasta me imaginaba que la pluma se escaparía de mis dedos.

Me ha parecido soberanamente ridículo veros apreciando las causas de los males de la humanidad y los remedios que deben curarlos, en contraposición á la Santa Sede y al Concilio General; y ya comprenderéis que bajo la influencia de este pensamiento, no he podido tener alientos para contestarnos seriamente.

Para que comprendáis toda la indignación mezclada de lástima, que me inspira vuestra conducta, fruto de vuestra soberbia, de vuestra osadía y de vuestras pretensiones á la infalibilidad doctrinal, quiero poner un ejemplo.

Si hay gentes, que no aciertan á comprender ni á explicarse cómo he tenido el atrevimiento de dirigirme á vos, con aire de enseñaros y de reprenderos, siendo yo un *pobre joven*, que debiera inspirar su pensamien-

to en vuestras palabras y su pluma en vuestros escritos;

Si hay gentes á quienes esta *soberbia mía*, sólo explicable, y hasta excusable, por un *lastimoso fanatismo*, ha causado cierta indignación mezclada de pena, como la que suele producir una gran desgracia, voluntariamente incurable;

Si hay gentes, que no pueden concebir cómo he tenido la *incalificable osadía* de escupir al ídolo, fabricado por sus manos, en el momento mismo en que le hacían reverencias y le tributaban adoraciones: decidme ¿qué cosa me parecerá á mí, que he visto y he sentido de cerca toda la majestad del Papa y del Concilio, y que he caído anonadado ante grandeza sobrehumana, veros á vos, desde un rincón de vuestra biblioteca, levantaros, como si no fuerais quien sois, para enseñar y reprender á la venerable Asamblea y á su augusto Jefe?

Si *mi soberbia y mi osadía y mis pretensiones* de enseñaros, de humillaros y de arrancaros la máscara, con que estáis cubierto, han excitado en ciertas gentes indignación, y luego lástima, y también desprecio: calculad Vos qué especie de sentimientos producirá en nosotros los católicos vuestra conducta respecto del Papa y del Concilio.

Pero, principalmente, nos inspiráis una profunda lástima, porque es inmensa la magnitud de vuestra desgracia.

En cuanto á despreciaros, no somos capaces de ello.

Sois un hombre, como nosotros, y, además, lleváis impreso en la frente el signo del cristiano, y, en el alma, el carácter del sacerdote.

Empeñado en señalar á la atención del Padre Santo las principales causas del malestar general de la humanidad, le designáis una, á vuestro juicio, de las

más graves y que está muy cerca de su Sagrada Persona.

Antes de que Vos la hubierais escrito y antes de que yo la repita ahora, todo el mundo comprenderá que os referís á la Curia Romana, que es, según vos, el verdadero origen de la decadencia de la Iglesia cristiana.

Por vía de transición de este cuarto acápite de vuestra carta al quinto, indicáis el motivo de que el Papa no se dé cuenta de la gravedad del mal que lo rodea y de que Vos lo conozcáis, apreciéis y ponderéis mejor que él, ese motivo es muy curioso; todo queda reducido á decir que el Papa está en Roma y Vos á cuatro mil leguas de la eterna ciudad.

Es preciso convenir en que teneis una manera muy extraña de ver las cosas.

Todo el mundo sabe que los viajeros, los historiadores y los críticos, merecen mayor crédito, si conocen personalmente y han estudiado, por sí mismos, los lugares, los hechos y los caracteres históricos, que son el objeto de su trabajo.

A Vos estaba reservado escribir que estas cosas se ven mejor de lejos, y que *también, en la distancia, se tiene el mayor peso,*

Vamos al quinto acápite, con él impiezan los cargos.

II

Helo aquí:

“Vuestra Curia, Santo Padre, vuestra Curia es una de las principales causas de ese malestar, en lo que enseña y en lo que practica. Lejos está Roma de la República peruana; pero aquí llegan libros, que refieren lo que allí pasa, fuera de las noticias verbales de los que

han visitado la santa ciudad. ¡Santa ciudad!.....Lujosos purpurados, cardenales de la santa iglesia romana, que hacen contraste con la turba de mendigos que atraviesan las calles y obstruyen la entrada de los templos. Un Papa-rey, vos no lo habéis hecho, Beatísimo Pío: lo habéis recibido: un Papa con reino en este mundo, y, sin embargo, vicario de aquel que dijo:—mi reino no es de este mundo; vicario del que tuvo una corona de espinas, reemplazada en su vicario por tres coronas de brillantes, en su tiara, como rey del cielo, de la tierra y de los infernos, según se lee en las Decisiones de la Sagrada Rota Romana. Ahí también se leen las proposiciones siguientes.—Si todo el mundo pensase de un modo diferente del Papa, en algún negocio, debería estar-se más bien á la opinión del Papa, que á la de todo el mundo. El Papa no es puro hombre, sino casi casi Dios: Hace un tribunal con Dios. Puede todo lo que Dios puede.—Es todo y está sobre todo.—Puede modificar, declarar é interpretar las leyes divinas. Tales doctrinas iban preparando el camino á la infalibilidad. ¡Triste origen, tristes medios!

Decididamente, señor, vuestro entendimiento vive en el seno de las contradicciones, como los pájaros en el aire y los peces en el mar.

Terminabais vuestro acápite cuarto, diciendo que la gran distancia á que os halláis de la ciudad eterna era una garantía de acierto en vuestras apreciaciones, porque *hay objetos, que son mejor vistos y calificados de distancia y también, en la distancia, se tiene el mayor peso*, y, luego, comenzáis el acápite quinto, proponiéndoos, como una dificultad para formar juicio cabal sobre la curia romana, la gran distancia, que hay entre Roma y la República del Perú; dificultad, que no domináis, sino recurriendo al medio del testimonio oral ó escrito de los testigos oculares.

Esto, señor, es más verdadero que creíble.

He necesitado verlo, con mis propios ojos, y tocarlo, con mis propias manos, para persuadirme de la realidad de esta monstruosa contradicción.

No hay que dudarle; para muchas cosas habréis nacido, pero no para escritor.

Llegamos ya al punto principal de vuestra carta; aquí está todo el meollo y toda la sustancia de este documento, que tiene *piel de cordero y entrañas de lobo*.

!!!LA CURIA ROMANA!!!

Ella es: según Vos, el verdadero enemigo de la Santa Sede; no los impíos, ni los herejes, ni los revolucionarios, ni Vos, tampoco.

Ella es: para la Iglesia, lo que el pecado original para la humanidad, el principio de todos sus males y de todos sus desastres; no lo es el espíritu de cisma y rebelión, que fermenta, en el corazón de los hombres y en el seno de los pueblos.

Ella es la que, con sus artificios, hábilmente manejados, ha explotado la palabra de Dios y la tradición de la Iglesia, en favor de su Omnipotencia, con mengua de los derechos y prerrogativas de los Obispos, á quienes ha reducido á la condición de sus vasallos.

Ella es el enemigo implacable de los gobiernos temporales á quienes adula, cuando pueden servir á sus proyectos de dominación, y á quienes condena, cuando intentan poner un dique á su desordenada ambición.

Ella es, en fin, el eterno obstáculo que encuentran, en su camino, la civilización, las luces y el progreso del siglo.

Veinte años de vuestra vida habéis consumido en hacerlos el propagandista de estas viles y groseras calumnias, cien veces repetidas por los enemigos de la Iglesia y mil veces refutadas victoriosamente; pero, vosotros sois así; no hacéis caso de las contestaciones y